

rada en el lecho, entre murallas de almohadas, sola, oscuro ya el fondo de la alcoba, donde tomaban posturas trágicas abrigos de ella y unos pantalones que don Víctor dejara allí; sin fe en el médico, creyendo en no sabía qué mal incurable que no comprendían los doctores de Vetusta, tuvo de repente, como un amargor del cerebro, esta idea: «Estoy sola en el mundo.» Y el mundo era plumizo, amarillento ó negro según las horas, según los días; el mundo era un rumor triste, lejano, apagado, donde había canciones de niñas, monótonas, sin sentido; estrépito de ruedas que hacen temblar los cristales, rechinar las piedras y que se pierde á lo lejos como el gruñir de las olas rencorosas; el mundo era una contradanza del sol dando vueltas muy rápidas al rededor de la tierra, y esto eran los días; nada. Las gentes entraban y salían en su alcoba como en el escenario de un teatro, hablaban allí con afectado interés y pensaban en lo de fuera: su realidad era otra, aquello la máscara. Nadie amaba á nadie. Así era el mundo y ella estaba sola.» Miró á su cuerpo y le pareció tierra. «Era cómplice de los otros, también se escapaba en cuanto podía; se parecía más al mundo que á ella, era más del mundo que de ella.» «Yo soy mi alma,» dijo entre dientes, y soltando las sábanas que sus manos oprimían, resbaló en el lecho, y quedó supina mientras el muro de almohadas se desmoronaba. Lloró con los ojos cerrados. La vida volvía entre aquellas olas de lágrimas. Oyó la campana de un reloj de la casa. Era la hora de una medicina. Era aquella tarde el encargado de dársela Quintanar y no parecía. Ana esperó. No quiso llamar, y se inclinó hacia la mesilla de noche. Sobre un libro de pasta verde, estaba un vaso. Lo tomó y bebió. Entonces leyó distraída en el lomo del libro voluminoso: *Obras de Santa Teresa*. I.

Se estremeció, tuvo un terror vago; acudió de repente á su memoria aquella tarde de la lectura de san

Agustín en la glorieta de su huerto, en Loreto, cuando era niña, y creyó oír voces sobrenaturales que estallaban en su cerebro; ahora no tenía la cándida fe de entonces. «Era una casualidad, pura casualidad la presencia de aquel libro místico coincidiendo con los pensamientos de abandono que la entristecían, y despertando ideas de piedad, con fuerte impulso, con calor del alma, serias, profundas, no impuestas, sino como reveladas y acogidas al punto con abrazos del deseo... Pero no importaba, fuera ó no aviso del cielo, ella tomaba la lección, aprovechaba la coincidencia, entendía el sentido profundo del azar. ¿No se quejaba de que estaba sola, no había caído como desvanecida por la idea del abandono?... Pues allí estaban aquellas letras doradas: *Obras de santa Teresa*. I. ¡Cuánta elocuencia en un letrero! «¡Estás sola! pues ¿y Dios?»

El pensamiento de Dios fué entonces como una brasa metida en el corazón; todo ardió allí dentro en piedad; y Ana, con irresistible ímpetu de fe ostensible, viva, material, fortísima, se puso de rodillas sobre el lecho, toda blanca; y ciega por el llanto, las manos juntas temblando sobre la cabeza, balbuciente, exclamó con voz de niña enferma y amorosa:

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Señor! ¡Señor! ¡Dios de mi alma!

Sintió escalofríos y ondas de mareo que subían al cerebro; se apoyó en el frío estuco, y cayó sin sentido sobre la colcha de damasco rojo.

Á pesar de la prohibición de don Víctor, vino el retroceso, recayó la enferma, y se volvió á los sustos, á los apuros, á las noches en vela; el médico volvió á ser un oráculo, los pormenores de alcoba negocios arduos, el reloj un dictador lacónico.

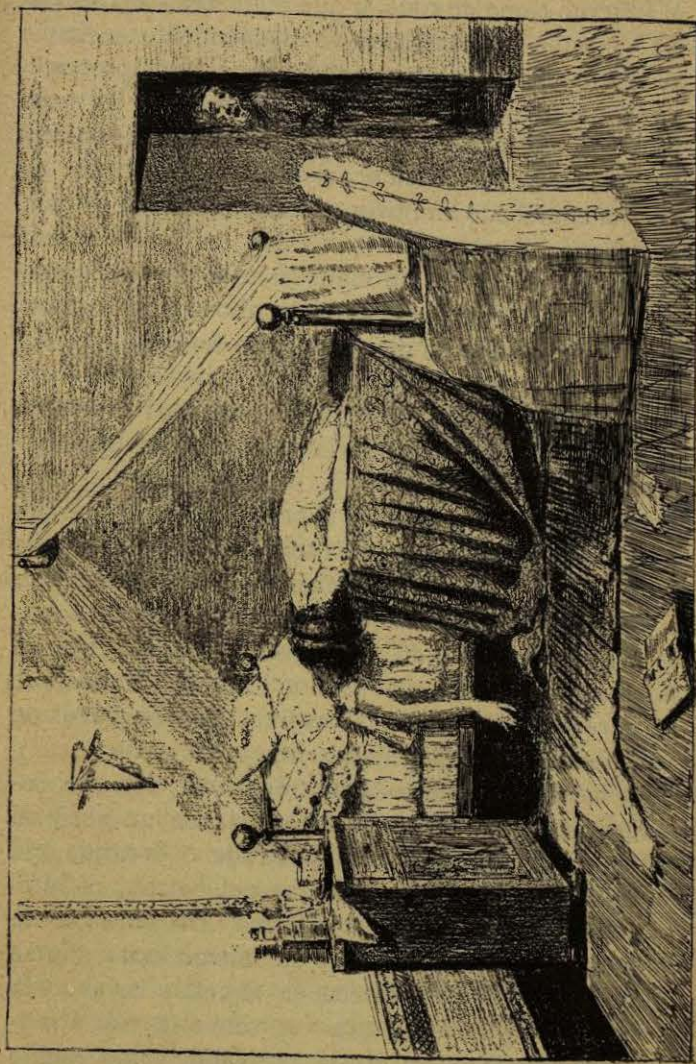
Ana tuvo aquellas noches sueños horribles. Al amanecer, cuando la luz pálida y cobarde se arrastraba por el suelo, después de entrar laminada por los in-



tersticios del balcón, despertaba sofocada por aquellas visiones, como náufrago que sale á la orilla... Parecía-le sentir todavía el roce de los fantasmas groseros y cínicos, cubiertos de peste; oler hediondas emanaciones de sus podredumbres, respirar en la atmósfera fría, casi viscosa, de los subterráneos en que el delirio la aprisionaba. Andrajosos vestiglos amenazándola con el contacto de sus llagas purulentas, la obligaban, entre carcajadas, á pasar una y cien veces por angosto agujero abierto en el suelo, donde su cuerpo no cabía sin darle tormento. Entonces creía morir. Una noche la Regenta reconoció en aquel subterráneo las catacumbas, según las descripciones románticas de Chateaubriand y Wisseman; pero en vez de vírgenes de blanca túnica, vagaban por las galerías húmedas, angostas y aplastadas, larvas asquerosas, descarnadas, cubiertas de casullas de oro, capas pluviales y manteos que al tocarlos eran como alas de murciélago. Ana corría, corría sin poder avanzar cuanto anhelaba, buscando el agujero angosto, queriendo antes destrozar en él sus carnes que sufrir el olor y el contacto de las asquerosas carátulas; pero al llegar á la salida, unos la pedían besos, otros oro, y ella ocultaba el rostro y repartía monedas de plata y cobre, mientras oía cantar responsos á carcajadas y le salpicaba el rostro el agua sucia de los hisopos que bebían en los charcos.

Cuando despertó se sintió anegada en sudor frío y tuvo asco de su propio cuerpo y aprensión de que su lecho olía como el fétido humor de los hisopos de la pesadilla...

«¿Iría á morir? Eran aquellos sueños repugnantes emanaciones de la sepultura, el sabor anticipado de la tierra? ¿Y aquellos subterráneos y sus larvas eran imitación del Infierno? ¡El Infierno! Nunca había pensado en él despacio; era una de tantas creencias irre-





flexivas en ella como en los más de los fieles; creía en el Infierno como en todo lo que mandaba creer la Iglesia, porque siempre que su pensamiento se había rebelado, ella lo había sometido con acto de pretendida fe, había dicho «creo á ciegas,» tomando las palabras y la resolución de creer por la creencia. Pero otra cosa era en esta ocasión: el Infierno ya no era un dogma englobado en otros; ella había sentido su olor, su sabor... y comprendía que antes, en rigor, no creía en el Infierno. Sí, sí, era material ó lo parecía, ¿por qué no? ¿Qué vana se le antojaba ahora á la Regenta la filosofía superficial del optimismo bullanguero, del espiritualismo abstracto, bonachón, sin sentido de la realidad triste del mundo! ¡Había infierno! Era así... la podredumbre de la materia para los espíritus podridos... Y ella había pecado, sí, sí, había pecado. ¡Qué diferentes criterios el que ahora aplicaba á sus culpas, y el que el mundo solía tener y con el cual ella se había absuelto de ciertas *ligerezas* que ya le pesaban como plomo!» Y recordaba máximas y aforismos religiosos que había oído al Magistral, sin penetrar su terrible severidad, aquel sentido lúgubre y hondo que no parecían tener en los labios finos, suaves, llenos de silbantes sonidos del pulquérrimo canónigo.—

Ya había subido el sol gran trecho del cielo, ya calentaba la mañana con tibias caricias de un abril de Vetusta; en la casa creían postrada ó dormida á la Regenta y no abrían las maderas del balcón, ni interrumpían el descanso de la enferma. Ana sentía el día en el melancólico regalo que su mismo lecho, tantas veces aborrecido, le prestaba en aquellas horas de la mañana de primavera; otra vez volvía la vida á moverse en aquel cuerpo mustio, asolado, como campo de batalla; la vida iba avanzando por aquel terreno de su victoria, dudosa de ella todavía. El cerebro recordaba los dominios de la lógica, su salud; la memoria,

firme, no era ya un tormento ni se mezclaba con visiones y disparates.

Ana, contenta de que la dejaran sola, de que la creyesen dormida ó en sopor, repasaba en su conciencia aquellos pecados de que quería acusarse; era relator la memoria, fiscal la imaginación, y poco á poco, según las olas de salud subían en su marea, la enferma, perdido el terror con que despertara, oía la acusación con dulce curiosidad creciente; la idea del infierno se desvanecía, como mueren las vibraciones de una placa, lejos ya de las sensaciones de asco y terror; aquellas culpas recordadas, que eran la vida, la realidad ordinaria, pasaban por el cerebro de Ana como un alimento, daban calor, fuerza al ánimo, y, sin que el remordimiento se extinguiera, el relato adquiría más y más interés.

Pasaron entonces por el recuerdo todos los días que siguieron al entumecimiento del rigoroso temporal, cuando el espíritu de Ana había dejado aquella especie de vida de culebra invernante. Recordó la romería de san Blas, en la carretera de la Fábrica Vieja; aquella tarde de sol que era una fiesta del cielo; la torre de la catedral allá arriba, como en la cúspide de un monumento, encaje de piedra oscura sobre fondo de naranja y de violeta de un cielo suave, listado, de nubes largas, estrechas, ondeadas, quietas sobre el abismo, como esperando á que se acostara el sol para cerrar el horizonte... Sin saber cómo, san Blas anunciaba la primavera; Ana esperaba ya aquellos días en que, con largos intervalos de mal tiempo, aparece un poco de luz que arranca vibraciones de alegría y resplandor al verde dormido de los campos vetustenses; aquellos días que son algo mejor que Abril y Mayo; su esperanza. Las ideas tristes habían volado como pájaros de invierno, Ana se había visto en el paseo de san Blas, rodeada del mundo, agasajada, y á su lado iba



don Alvaro Mesía, enamorado, triste de tanto amor, resignado, cariñoso sin interés, suave y tierno, sin esperanza. Algo así como el mismo encanto del día: en rigor, el invierno, nada, pero en la tranquilidad y tibia y vaga alegría del ambiente, una delicia que saboreaba con inefable gozo la Regenta.

Así don Alvaro; no sería jamás suya, eso no; ese verano ardiente no vendría, ni siquiera le consentiría hablarle claro, insistir en sus pretensiones; pero tenerle á su lado, *sentirle* quererla, adorarla, eso sí: era dulce, era suave, era un placer tranquilo, profundo... Ella le miraba con llamaradas que apagaba al brotar de los ojos, le sonreía como una diosa que admite el holocausto, pero una diosa humilde, maternal, llena de caridad y de gracia, sino de amor de fuego. Tal había sido el paseo de san Blas.

Desde aquella tarde Mesía había recobrado parte de sus esperanzas; creyó otra vez en la influencia *del físico* y se propuso estar al lado de Ana la mayor cantidad de tiempo posible. Era una villanía, pero recurrió á la ciega amistad de don Víctor. En el Casino se sentaba á su lado, tenía la paciencia de verle jugar al dominó ó al ajedrez, y terminada la partida le cogía del brazo, y, como solía llover, paseaban por el salón largo, el de baile, oscuro, triste, resonante bajo las pisadas de las cinco ó seis parejas que lo medían de arriba abajo á grandes pasos, que tenían por el furor de los tacones, algo de protesta contra el mal tiempo. Veterano del Casino había que llevaba andado en aquel salón camino suficiente para llegar á la luna. Paseaban los dos amigos, y Mesía iba entrando, entrando por el alma del jubilado regente y tomando posesión de todos sus rincones.

Don Víctor llegó á creer que á Mesía ya no le importaban en el mundo más negocios que los de él, los de Quintanar, y sin miedo de aburrirle, tardes enteras le

tenía amarrado á su brazo, dando vueltas por las tablas temblonas del salón, parándose á cada pasaje interesante del relato ó siempre que había una duda que consultar con el amigo. Don Alvaro sufría el tormento pensando en la venganza. Mucho tiempo se había resistido su delicadeza, ó lo que fuese, á emprender aquel camino subterráneo y traidor, pero ya no podía menos. Además «¡qué diablo! mayores bellas querías había en la historia de sus aventuras.»

Don Víctor se paraba, soltaba el brazo del confidente, levantaba la cabeza para mirarle cara á cara, y decía, por ejemplo:

— Mire Vd., aquí en el secreto de la... pues... contando con el sigilo de Vd... Frígilis tiene también sus defectos. Yo le quiero más que un hermano, eso sí, pero él... él me tiene en poco... créalo Vd... No me lo niegue Vd., es inútil, yo le conozco mejor: me tiene en poco, se cree muy superior. Yo no le niego ciertas ventajas. Sabe más arboricultura, conoce mejor los cazaderos, es más constante que yo en el trabajo... pero ¡tirar mejor que yo! hombre por Dios! ¿Y el talento mecánico? Él es torpe de dedos y tardo de ingenio.—Y don Víctor, parándose otra vez, casi al oído de don Alvaro añadía:—Diré la palabra: un rutinario!

Quintanar era inagotable en el capítulo de las quejas y de la envidia pequeña, al pormenor, cuando se trataba de su amigo íntimo, de su Frígilis; se sentía dominado por él y desahogaba la colerilla sorda, cobarde, bonachona en el fondo, en estas confidencias; Mesía era una especie de rival de Frígilis que asomaba; don Víctor encontraba cierta satisfacción maligna en la infidelidad incipiente.

Don Alvaro callaba y oía. Sólo cuando trataba don Víctor de su buena puntería se quedaba un poco preocupado. Le parecía imposible que se pudiera hablar tanto de un hombre tan insignificante como don To-



más Crespo, á quien él creía loco de nacimiento.

Anocheía, seguía lloviendo, los mozos de servicio encendían dos ó tres luces de gas en el salón, y Quintanar conocía por esta seña y por el cansancio, que le arrancaba sudor copioso, que había hablado mucho; sentía entonces remordimientos, se apiadaba de Mesía, le agradecía en el alma su silencio y atención, y le invitaba muchas veces á tomar un vaso de cerveza alemana en su casa.

La frase era:

—¿Vamos á la Rinconada?

Mesía, callando, seguía á don Víctor.

Una intuición singular le decía al ex-regente que pagaba bien al amigo su atención llevándoselo á casa. ¿Por qué don Alvaro había de tener gusto en seguirle? Si se lo hubieran preguntado á Quintanar, no hubiese podido responder. Pero se lo daba el corazón; lo había observado, sin fijarse en la observación: á Mesía le gustaba entrar en la casa de la Rinconada.

Solía llevarle al despacho, á su museo como él decía; allí le explicaba el mecanismo de aquellos intrincados maderos y resortes y, convencido de la ignorancia de su amigo, le engañaba sin conciencia. Lo que no consentía don Alvaro era que se pasase revista á las colecciones de yerbas y de insectos: le mareaba el fijar sucesiva y rápidamente la atención en tantas cosas inútiles. — El único *bicho* que le era simpático á don Alvaro era un pavo real disecado por Frigilis y su amigo. — Solía acariciarle la pechuga, mientras Quintanar disertaba.

— Bueno — decía don Víctor — pues pasaremos á mi gabinete, ya que Vd. desprecia mis colecciones. — Anselmo, la cerveza al gabinete.

El gabinete era otro museo: estaban allí las armas y la indumentaria. Una panoplia antigua completa, otras dos modernas muy brillantes y bordadas; escopetas,

pistolas y trabucos de todas épocas y tamaños llenaban las paredes y los rincones. En arcas y armarios guardaba



don Víctor con el cariño de un coleccionador los trajes de aficionado que había lucido en mejores tiempos; habíase laureado, abría las arcas, y seda, galos y cintajos en mezcla saltaban á la al-

recuerdos de trapepo. Si se entusiasmaba de sus marchitos, abría los armarios y plumas, abalorios de colores chillones, y en aquel mar de fombra, y en aquel mar de po perdía la cabeza Quintanar. En una caja de latón, entre yerba, guardaba como oro en paño, un objeto, que á primera vista se le antojó á Mesía una serpiente; en efecto, yacía enroscado y era verdinegro el bulto... No había que temer... don Víctor no domaba fieras; aquello era la cadena que él ha-



bía arrastrado representando el Segismundo de *La vida es sueño*, en el primer acto.

— Mire Vd., amigo mío, á Vd. puedo decírselo; no es inmodestia; reconozco, ¿ cómo no? la superioridad de Perales en el teatro antiguo, su Segismundo es una revelación, concedo, revela mejor que el mío la filosofía del drama, pero... no me gustaba su modo de arrastrar la cadena; parecía un perro con maza; yo la maneja con mucha mayor verosimilitud y naturalidad; arrastraba la cadena, créame Vd., como si no hubiese arrastrado otra cosa en mi vida. Tanto, que una noche, en Calatayud, me arrojaron todo ese hierro al escenario, como símbolo de mi habilidad. Por poco se hunde el tablado. Guardo esa cadena como el mejor recuerdo de mi efímera vida artística.

Mesía esperaba la presencia de Ana y así podía resistir la conversación de su amigo, pero muchas veces la Regenta no parecía por el gabinete de su marido, y el galán tenía que contentarse con el bock de cerveza y el teatro de Calderón y Lope.

Pero ya estaba en casa. Poco á poco fué atreviéndose á ir á cualquier hora y Ana, sin sentirlo, se le encontró á su lado como un objeto familiar. Iba siendo Mesía al caserón lo que Frígilis á la huerta.

Aquel procedimiento rastro, de villano, debió irritarla, pero no la irritó; tuvo que confesar que no despreciaba ni aborrecía á don Alvaro, á pesar de que sus intenciones eran torcidas, miserables; quería abusar de la confianza de don Víctor. « Pero ¿ y si no quería? Si se contentaba con estar cerca de ella, con verla y hablarla á menudo y tenerla por amiga? Veríamos. Si él se propasaba, estaba segura de resistir y hasta valor sentía para echarle en cara su crimen, su bajeza y arrojarle de casa.»

Pasaron días y Ana cada vez estaba más tranquila. « No, no se propasaba; no hacía más que admirarla,

amarla en silencio. Ni una palabra peligrosa, ni gesto atrevido, nada de acechar ocasiones, nada de buscar escenas; una honradez cabal; el amor que respeta la honra, la pasión que se alimenta de ver y respirar el ambiente que rodea al sér amado. El placer que ella sentía, también tenía que confesárselo, era el más intenso que había saboreado en su vida. Poco decir era porque ¡ había gozado tan poco! » Al sentir cerca de sí á don Alvaro, segura de que no había peligro, respiraba con delicia, dejaba el espíritu en una somnolencia moral que la tenía bajo los efectos del opio. Comparaba ella la situación á la ventura de flotar sobre mansa corriente perezosa, sombría, á la hora de la siesta; el agua va al abismo, el cuerpo flota... pero hay la seguridad de salir de la corriente cuando el peligro se acerque; basta con un esfuerzo, dos golpes de los brazos y se está fuera, en la orilla... Ya sabía Ana en sus adentros que aquello no estaba bien, porque ella no podía responder de la prudencia de don Alvaro. « Pero ¿ no estaba segura de sí misma? sí ¡ pues entonces! ¿ por qué no dejarle venir á casa, contemplarla, mostrar los cuidados de una madre, la fidelidad de un perro? » « Además, quien mandaba en casa era su marido, no era ella. ¿ Buscaba ella á Mesía? No. ¿ Mandaba ella á Quintanar que le trajese? No. Pues bastaba. Obrar de otro modo hubiera sido alarmar al esposo sin motivo, infundir sospechas sin fundamento, tal vez robar á don Víctor para siempre la paz del alma. Lo mejor era callar, estar alerta, y... gozar la tibia llama de la pasión de soslayo; que con ser poco tal calor era la más viva hoguera á que ella se había arrimado en su vida.»

« Y al Magistral no se le decía nada de esto. ¿ Para qué? No había pecado. Había ocasión, pero no se buscaba. » Además, Ana, puesto que defendía su virtud, creía prudente ocultar todo lo que fueran personalida-



des al confesor. «Si crecía el peligro, hablaría. Mientras tanto no.»—

Entonces fué cuando el Provisor vió con su catalejo, desde el campanario de la catedral, los preparativos de una expedición al campo en la que acompañaban á la Regenta Mesía, Frígilis y Quintanar. No fué aquella sola; muchas veces, en cuanto veía un rayo de sol, á don Víctor se le antojaba aprovechar el buen tiempo y echar una cana al aire en los ventorrillos de la carretera de Castilla ó en los de Vistalegre, en compañía de las personas que más quería en Vetusta, á saber: su cara esposa, Frígilis... y don Alvaro. El pobre Ripamillán era invitado, pero decía que si no le llevaban en coche... «El espíritu no faltaba, pero los huesos no tienen espíritu.»

Se comía, allá arriba, lo que salía al paso, lo que daban los pasmados venteros: chorizos tostados, chorreando sangre, unas migas, huevos fritos, cualquier cosa; el pan era duro, ¡mejor! el vino malo, sabía á la pez, ¡mejor! esto le gustaba á Quintanar: y en tal gusto coincidía con su esposa, amiga también de estas meriendas aventuradas, en las que encontraba un condimento picante que despertaba el hambre y la alegría infantil. En aquellos altozanos se respiraba el aire como cosa nueva; se calentaban á los rayos del sol con voluptuosa pereza, como si el sol de Vetusta, de allá abajo, fuera menos benéfico. Notaba Ana que en aquella altura, en aquel escenario, mitad pastoril, mitad de novela picaresca, entre arrieros, maritornes y señores de castillos, á lo don Quijote, se despertaba en ella el instinto del arte plástico y el sentido de la observación; reparaba las siluetas de árboles, gallinas, patos, cerdos, y se fijaba en las líneas que pedían el lápiz, veía más matices en los colores, descubría grupos artísticos, combinaciones de composición sabia y armónica, y, en suma, se le revelaba la naturaleza

como poeta y pintor en todo lo que veía y oía, en la respuesta aguda de una aldeana ó de un zafio gañán, en los episodios de la vida del corral, en los grupos de las nubes, en la melancolía de una mula cansada y cubierta de polvo, en la sombra de un árbol, en los reflejos de un charco, y sobre todo en el ritmo recóndito de los fenómenos, divisibles á lo infinito, sucediéndose, coincidiendo, formando la trama dramática del tiempo con una armonía superior á nuestras facultades perceptivas, que más se adivina que de ella se da testimonio. Este nuevo sentido de que tenía conciencia Ana en estas expediciones á los ventorrillos altos de Vistalegre, camino de Corfín, le inundaba de visiones el cerebro y la sumía en dulce inercia en que hasta el imaginar acababa por ser una fatiga. Entonces la sacaban de sus éxtasis naturalistas una atención delicada de Mesía ó una salida de buen humor intempestivo de Quintanar. Don Víctor creía que en el campo, sobre todo si se merienda, no se debe hacer más que locuras; y, por supuesto, era según él indispensable que alguien se disfrazase cambiando, por lo menos, de sombrero. Él solía en tales ocasiones buscar un aldeano que usara la antigua montera del país; se la pedía en préstamo y se presentaba cubierto con aquel trapo de pana negra al respetable concurso. Se reían por complacerle. Se merendaba casi siempre al aire libre, contemplando allá abajo el caserío pardusco de Vetusta; la catedral parecía desde allí hundida en un pozo, y muy chiquita; esbelta, pero como un juguete; detrás el humo de las fábricas en la barriada de los obreros en el campo del Sol, y más allá los campos de maíz, ahora verdes con el alcacer, los prados, los bosques de castaños y robles... las colinas de un verde oscuro y la niebla, por fin, confundiéndose con los picachos de los puertos lejanos. Se filosofaba mientras se comía, tal vez con los dedos, salchichón ó cho-